

# Cuentos de niñas y niños para niños y niñas

Cuentos ganadores del 13° Concurso Infantil y Juvenil de Cuento



INSTITUTO ELECTORAL  
CIUDAD DE MÉXICO  
CONSTRUYENDO DEMOCRACIA





**INSTITUTO ELECTORAL  
CIUDAD DE MÉXICO**

CONSTRUYENDO DEMOCRACIA

## CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda  
Consejeras y consejeros electorales: Myriam Alarcón Reyes  
Carolina del Ángel Cruz  
Yuri Gabriel Beltrán Miranda  
Mauricio Huesca Rodríguez  
Bernardo Valle Monroy  
Gabriela Williams Salazar  
Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

### Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: José Manuel Delgadillo Moreno, propietario  
Ámbar Reyes Moto, suplente  
Partido Revolucionario Institucional: René Enrique Vivanco Balp, propietario  
Gerardo Iván Pérez Salazar, suplente  
Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario  
Yasser Amaury Bautista Ochoa, suplente  
Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario  
Benjamín Jiménez Melo, suplente  
Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario  
Dafne Rosario Medina Martínez, suplente  
Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario  
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente  
Morena: Julio César Garrido Carranza, propietario  
Juan Romero Tenorio, suplente

### Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios del Congreso de la Ciudad de México

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López  
Jorge Triana Tena  
Partido Revolucionario Institucional: Armando Tonatiuh González Case  
Partido de la Revolución Democrática: Valentín Maldonado Salgado  
Partido del Trabajo: Leonor Gómez Otegui  
Circe Camacho Bastida  
Partido Verde Ecologista de México: Teresa Ramos Arreola  
Alessandra Rojo de la Vega Piccolo  
Morena: Donají Ofelia Olivera Reyes  
Asociación Parlamentaria  
del Partido Encuentro Social: Fernando José Aboitiz Saro  
Miguel Ángel Álvarez Melo





# Cuentos de niñas y niños para niños y niñas

Cuentos ganadores del 13° Concurso  
Infantil y Juvenil de Cuento

CIUDAD DE MÉXICO • 2019



DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA  
Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

#### **Autoras**

Luna Jasso Delgado, Daira Ashanty Gómez López y Sophia Quetzalli Palomares Jardón

#### **Jurado calificador**

Coordinadora: Roxanna Loraine Erdman Lango

Integrantes del jurado: Teresita del Niño Jesús Quintanilla D'Acosta, Nelly Carrillo Castañeda, María de los Ángeles Trujillo Guerrero, Gabriela Vanessa Damián Miravete, Juan Pablo Ballesteros Maldonado, Ludwing Darío Yee Cota, Luis Eduardo Errasti Gutiérrez, Carlos Alejandro Gálvez Cabrera, Luis Enrique Jiménez Cruz, Rolando Michel Gómez Rangel, Abraham Rodríguez Pureco, María Esther Pérez Feria, Gisela Guadalupe Santibáñez Calderón, Erick Omar Lee Meneses

#### **Edición**

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, jefe de Departamento de Diseño y Edición

Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Corrección de estilo: Ricardo Raúl Benítez Estrada, técnico especializado "C"

Ilustración: Belém Peña Muñoz

Primera edición, noviembre de 2019

ISBN: 978-607-8605-22-4

D. R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México  
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, Tlalpan,  
14386, Ciudad de México

[www.iecm.mx](http://www.iecm.mx)

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores(as).

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-8605-45-3

# Índice

Primera categoría

(De 9 a 11 años)

*Camino por la ciudad de la mano de papá* . . . . . 7

Luna Jasso Delgado

*Majagua* . . . . . 21

Daira Ashanty Gómez López

*De cómo la ciudad se libró  
de los hombres basura* . . . . . 29

Sophia Quetzalli Palomares Jardón



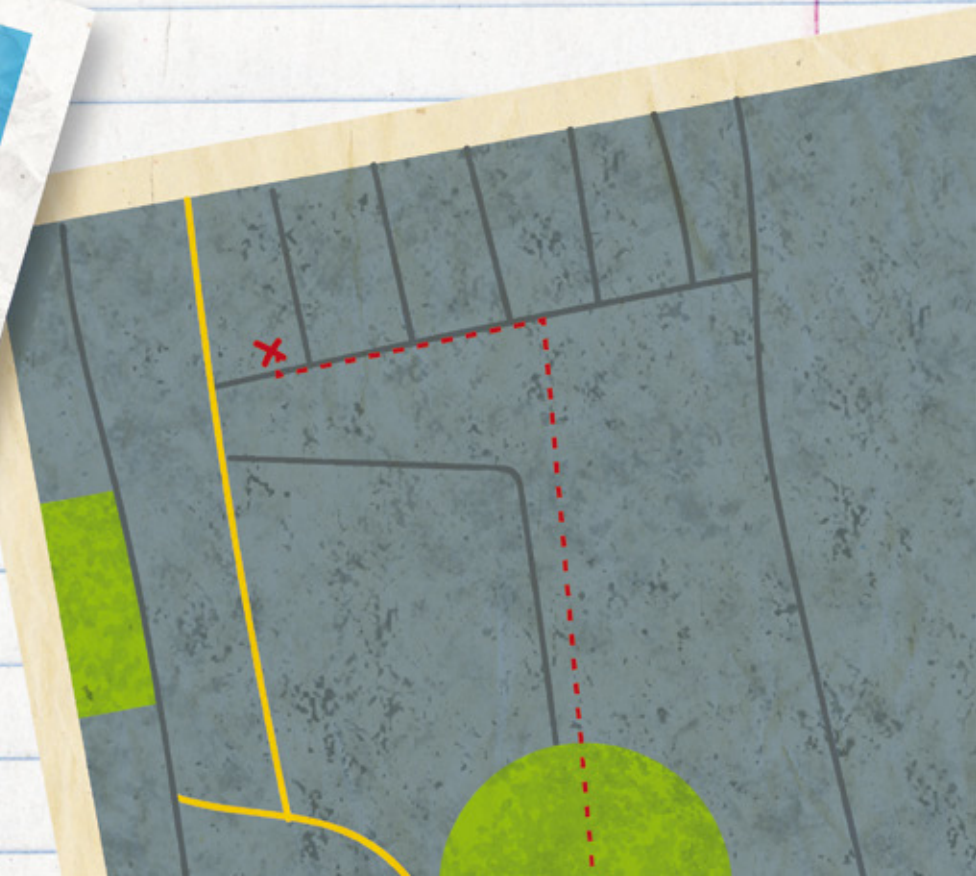
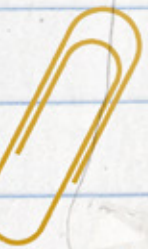




Primera categoría  
Primer lugar

# Camino por la ciudad de la mano de papá

Luna Jasso Delgado



Luna 



**2x10**  
¡Llévele, llévele!

# H

ola, me presento: soy Luna y siempre he sido muy soñadora. Recuerdo que cuando tenía siete años, uno de esos días que me daba por soñar, le dije a mi papá: —Papi, cuando sea grande vamos a hacer juntos un viaje a Francia—. Papá estaba viendo su celular y por eso pensé que no me iba a hacer mucho caso, ¡pero sí que me estaba escuchando!, y me contestó más rápido que de costumbre. Me dijo: —¿Y por qué a Francia, habiendo tantos lugares lindos en nuestra ciudad?—.

—¡Aaah! —le dije—. Pues porque Francia tiene una torre muy grandota que se ilumina toda. Yo la vi en Internet y se ve muy bonita. Además, Francia tiene unos jardines grandes, muy grandes, donde puedes caminar, y unos panteones de personas que fueron muy importantes.

—Mmmmm... —hizo mi papá—. Está bien, tú ganas. Yo tengo la culpa de que no se te antoje viajar por nuestra hermosa ciudad, si nomás te tengo encerrada y por mucho te llevo a la escuela, al tianguis de los jueves y, de vez en cuando, a los “delishus”, como tú les dices, helados de La Michoacana.

Ese día, papá se siguió hablar y hablar de los tianguis donde vendía cuando era chiquito, y de que por eso le gusta que yo lo acompañe al tianguis todos los jueves. Me decía: —¿A

poco no te gusta voltear pa' todos lados y ver tantos colores distintos entre las frutas, las verduras, las paletas, los manteles y cortinas, las semillas, las plantas, los juguetes, los trastos de plástico, los quesos?—. ¡Y bla, bla, bla!... ¡Pensé que nunca iba a terminar!

Pero, cuando se le acabó la saliva, me dijo: —Mira chamaquita —que así me llama mi papá cuando anda muy contento conmigo, y eso pasa muy seguido—, yo me voy a encargar de que te enamores de tu ciudad antes que de cualquier otra—. Y me acuerdo bien que se rió cuando terminó diciendo: —¡Y no es que te esté haciendo trampa y no quiera llevarte a Francia, eeeeh!—. Entonces me atacó de la risa junto con él, porque me empezó a rascar la pancita, que es su juego favorito, y con eso no puedo resistir la risa.

A partir de ese día, hicimos el trato de que cada noche nos pondríamos a hacer un plan. El primer día planeamos que papá me llevaría a conocer el Palacio de Bellas Artes, porque sabe que desde que era muy chiquita quería ser pintora y desde hace años practico ballet, porque quiero ser una gran bailarina. A la salida caminaríamos por el "Barrio chino" y, cuando nos agarrara la noche, nos echaríamos a andar por el Eje

Ideas





Central, donde me compraría un churro del Moro con un chocolatito bien caliente, siempre y cuando le prometiera que le iba a contar cuáles habían sido mis pinturas favoritas en Bellas Artes y también que me seguiría esforzando en el ballet para que, un día, yo bailara en ese lindo lugar mientras él me aplaudía.

El segundo día dijimos que iríamos a la Merced. Allí llenaríamos nuestra canasta con dulces mexicanos, ¡yo ya hasta tenía mi lista! En primer lugar, los míos: mis favoritos son las bolitas de amaranto que vienen combinadas con fresa y chocolate; también anoté unos higos con miel para mamá y las cocadas que tanto se saborea mi papá. Saliendo, caminaríamos hacia Balderas para encerrarnos un ratote en la Biblioteca México, pues mi papá es fan de los libros. Allí leeríamos como nos gusta: los libros que yo escogiera, y una página él y otra yo hasta cansarnos. Al final, recorreríamos las salas con aroma rico a libros viejos, con pisos altos y ventanas grandotas.


El tercer día, la siguiente semana, imaginamos que estaríamos más cerca de mi casa. Tempranito iríamos a Ciudad Universitaria, en la parte de las islas, donde me gusta ir porque la gente lleva a sus perros y me dejan acariciarlos. Allí volaríamos un papalote muy

grande que hicimos juntos con colores mexicanos. Le pusimos de ese rosa alegre, un poco de amarillo como los girasoles, verde como el pasto, y azul, porque es mi color favorito. Por la tarde sería hora de visitar los museos; el Tolstói sería primero y después el Frida Kahlo, para que, saliendo, nos comiéramos un elote en el Jardín Allende mientras caminamos por los pasillos de las hermosas artesanías mexicanas y, en una de esas, convencería a mi papá de comprarme un llavero bordado con forma de corazón y una diadema de flores para mi colección.

El cuarto día todo cambió. Yo venía bajando del microbús que me lleva a mi casa, acompañada de papá, y él cayó al piso, así, de pronto. De inmediato, los vecinos salieron a ayudarnos. Vi cómo poco a poco mi papá iba girando los ojos. Yo ya no podía entender lo que hablaba, porque se le fueron enchucando los labios. Mis vecinos llamaron a una ambulancia, pero, en lugar de la ambulancia, llegó una patrulla. Los policías decían que primero ellos tenían que comprobar que mi papá tenía una urgencia...

La ambulancia nunca llegó. A mi papá se lo llevaron mis vecinos en su auto y yo me quedé semanas a vivir en la casa de mi madrina, que ha sido muy buena conmigo.





Fue ella, junto con mi mamá, quienes me fueron contando que a mi papá le había dado un EVC, o accidente vascular cerebral, lo que sea que signifique... Lo que entendí fue que se le rompió una venita en el cerebro, y lo dejó inmóvil de toda la parte derecha de su cuerpo.

Al mes, mi papá salió del hospital, y entonces tuve que hacer un recorrido por la parte triste de mi ciudad: conocí muchos hospitales, unos donde a mi papá lo trataban muy bien y le daban ánimos para que pudiera creer que volvería a caminar algún día, y otros en los que a mi papá lo trataban mal. Le llegaron a decir cosas que se sienten feas en el corazón, como que no había nada más que hacer por él y, así como no olvido el día que se rió con mis sueños, tampoco olvido que él lloraba, porque se sentía tonto y tenía mucho miedo de quedarse así como estaba.

Los tres meses que mi papá estuvo en casa sin poder levantarse de la cama, me las ingenié para que, entre mi mamá, mis madrinas y mis tías, me llevaran a cumplir el plan que papá y yo habíamos hecho juntos. Hice esto porque escuché cuando mamá le contó a mi abuelo que papá se iba a quedar para el resto de su vida con problemas de memoria, así que me puse el reto de memorizar todos





los nombres de las calles, los sabores de los helados, los títulos de las pinturas y hasta los precios de las artesanías y los elotes para ahorrarle a mi papá el trabajo de pensar en eso, y que, cuando él pudiera por fin salir de casa, disfrutáramos de esa ciudad que mi papá me había hecho imaginar tan bonita.

Pero, ¿qué creen? ¡Que mi papá se levantó!, aunque ya no puede caminar bien. Se le quedó su pie chuequito, usa bastón para no caerse y se cansa cuando camina mucho, pero no crean que por eso no salimos. Cuando vi la realidad, me solté a llorar, corrí a los brazos de mamá y le dije muy enojada que mi papá y yo nunca íbamos a poder cumplir nuestro plan. Mi mamá me acarició la cabecita y me habló con su voz suave. Me dijo: —Luna, lo bueno de los planes es eso, que sólo son planes y que podemos rehacerlos, destrozarnos si queremos, y hacer unos mejores con las nuevas cosas que tenemos—.

¡Yupi! Brinqué de alegría. ¡Qué genialidad! Corrí por una hoja y lápices para que rápido, entre los tres —mi mamá, mi papá y yo—, nos pusiéramos a rearmar los planes. Entonces fue cuando empecé a observar con más detalle mi ciudad y a la gente que se mueve en ella. Y es ahora cuando yo te quiero



preguntar: ¿Alguna vez te has imaginado lo difícil que sería llevar a tu papá en silla de ruedas, en el Metro, y que te encuentres con que las escaleras eléctricas no funcionan? ¿O lo complicado que es cruzar una avenida donde hay una curva, no hay semáforos, tu papá no puede correr para torear los autos y nadie te da el paso? ¡Qué tal que te imaginas lo que siento cuando subimos al microbús todo lleno y se va frene y frene! Yo voy con el miedo de que mi papá se caiga, llevo cargando sus cosas y las mías, ¡y nadie quiere levantarse a darle el asiento!

Después de todas estas aventuras que he vivido con mi papá algunos años, un día, hace muy poquito, volví a ponerme a soñar, pues había hecho una pausa con tantas cosas que teníamos que hacer para ayudarlo. Fui a buscarlo a su sillón, donde a veces hace como que lee y termina quedándose dormido. Lo desperté con un besito para hablar con él y le dije: —Papi, ahora mi sueño ya no es ir a Francia; ahora quiero ser presidenta—.

Mi papá se rió y me enojé, pero me pidió que le contara más. Le expliqué que quería ser presidenta para arreglar todititas las banquetas que están todas chuecas, para que no se volviera a tropezar como a veces le pasa, y



que mandaría poner anuncios grandes arriba de las rampas, para que todos los vean y los autos sepan que no deben bloquear las rampas para discapacitados; o que pondré semáforos en más avenidas, para que ya no tenga miedo de que un día los autos nos ganen y nos pasen a aventar, y daría la orden de que las ambulancias lleguen muy rápido y antes que los policías, tan rápido como se necesita para salvar la vida de cualquier persona: —Pues puede ser alguien como tú, que tiene una familia que no quiere que se muera—, le dije; y que platicaría con todos los doctores y las doctoras para que siempre, pero siempre, siempre, traten bien a todos sus pacientes y nunca en la vida les hagan sentirse tontos.

Mientras yo hablaba, mi papá iba haciendo muchas caras y de vez en cuando se secaba las lágrimas como para que yo no lo notara. Al final, me respondió: —Chamaquita, no tienes que ser presidenta para lograr todos esos cambios en tu ciudad. Lo primero es empezar por ti. Por ejemplo, nunca trates mal a nadie, haz siempre tu trabajo de la mejor manera posible, cuida tu casa y tu comunid...—. Lo interrumpí: —¡Papá, nada de eso que me estás diciendo ayuda para que tú puedas disfrutar de la ciudad así con tu pie como lo tienes!—.





Él me respondió provocándome: —Entonces dígame usted, futura presidenta, cuáles son sus propuestas para que usted y yo logremos disfrutar de esta ciudad sin estarnos peleando con todo eso que tanto a usted como a mí nos frustra, nos enoja y nos entristece—. Enojada, sólo le dije que me iba a mi cuarto, y allí pensé que debía dejar de soñar y mejor ponerme a pensar cómo hacer que las cosas cambiaran.

Entonces recordé que, cuando mi “abue” aún vivía, me contaba cosas de la Revolución mexicana y se ponía rojita de los cachetes cuando me decía: —El único hombre por el que me hubiera dejado robar cuando era joven, era Emiliano Zapata—. Ella lo admiraba y se sabía cosas de su historia. La parte que vino a mi mente en ese momento es que, cuando Zapata tenía mi edad, vio a su papá llorar porque le habían quitado sus tierras. Se sintió muy triste y enojado, y prometió que haría algo para que a nadie más le volviera a pasar lo mismo, y lo logró: luchó mucho para que a otros campesinos no les quitaran sus tierras.

Y yo me dije que, si él pudo, ¿por qué yo no? Al fin y al cabo, los dos sentimos tristeza y enojo por lo que les pasaba a nuestros papás. Empezaron así a caerme

ideas en la mente, como que en las escuelas nos enseñen a observar a todas las personas que necesitan ayuda, empezando por las que tenemos más cerca, como en nuestra escuela, nuestra familia o en el lugar donde vivimos, y nos guíen para entender qué hacer para ayudarlas.

Pensé también que en los hospitales debería haber personas que escuchen y ayuden a los familiares de los enfermos, pues cuando a mi papá le pasó lo del EVC, yo me acuerdo que por mucho tiempo tuve mucho miedo de que se muriera o de que después le volviera a pasar lo mismo, y mi mamá y yo no sabíamos cómo hacer muchas cosas para ayudarlo y tampoco sabíamos bien qué hacer con nuestros sentimientos.

Así pensando se me fue quitando el enojo y se transformó en alegría por la ilusión de que yo pueda hacer algo para que mucha más gente, y no sólo mi papá y yo, pueda disfrutar de nuestra hermosa ciudad. Y después de tanto pensar, me quedé bien dormida... ¡Espero que cuando despierte de este sueño, las cosas que pensé por fin se puedan hacer realidad!



sueña





Primera categoría  
Segundo lugar

# Majagua

Daira Ashanty Gómez López







**A**lma está enojada. Sus papás le dijeron que empacara, porque se van de viaje, y ella pregunta: —¿A dónde?—. Y ellos le responden: —No te vamos a decir, ¡pero tienes que dejar tu celular en casa y está prohibido llevar cualquier aparato electrónico!—.

Viajan de noche. Ella no sabe por dónde van ni a dónde. Se queda dormida. Empieza a amanecer cuando llegan a un lugar llamado Majagua. Se hospedan en un albergue; ahí no hay hotel.

Alma entra a su habitación y se da cuenta de que es muy diferente de lo que imaginó: sólo tiene una cama, una silla, un buró, un ventilador y un baño. Ella revisa todo y descubre que no hay Internet ni pantalla. En ese momento, grita: —¡No hay televisión ni Internet! ¡¿Qué voy a hacer?! ¡Nada más me voy a aburrir!—, y empieza a llorar y se avienta a la cama, en donde se queda dormida.

Más tarde, sus padres tocan a la puerta. Ella despierta y le dicen:—Apúrate, porque vamos a un *tour*—. Ella se viste y sale, llevando una bolsa en donde ha escondido su celular. Su madre la apresura.

Suben a una lancha que no usa motor; ella nota que hay algo extraño... ¡No llevan guía! Sin embargo, la lancha se mueve.

De repente, sale un cocodrilo del agua y se sube a la lancha. Todos gritan asustados: —¡Aaaaah!—.

El cocodrilo se acerca... Llega a su lado... ¡Se alza!... Y les dice: —Voy a ser su guía y los llevare a mi isla—.

Todos asustados, mueven la cabeza diciendo que sí. Poco a poco se les va quitando el miedo y llegan a la isla.

Bajan. Alma es la primera, le urge tirar la basura del dulce que venía comiendo. Empieza a buscar un lugar en donde haya basura tirada, para dejar ahí también su envoltura, pero no encuentra nada, todo está limpio. Entonces, toma su basura y la tira, pero la mirada de los animales de la isla, fija en ella, hace que la levante rápidamente y la meta en su bolsa.

Un ave se les acerca y les pregunta si quieren tamales. Todos tienen hambre y le dicen que sí. El ave, contenta, se los da, pero, ¡vaya sorpresa! ¡Están envueltos en hojas del árbol de la magia! Piden platos y el ave les dice que ahí no se utiliza nada de plástico ni desechable, que todo es natural. Primero se enojan, pero después se dan cuenta de que es mejor así, ¡los tamales se ven más lindos y ricos! Les ofrecen un coco y de inmediato lo aceptan, y, al unísono, dicen: —¡Pero,





por favor, con un popote!—. Cuando se los dan, ¡se sorprenden de ver que el popote es de bambú y no de plástico!

Se escuchan, mezclados, el canto de las aves y el ruido del agua, lo que hace pensar a Alma en el lugar donde vive: la ciudad. Ahí todo es de plástico, hay mucha basura, los motores contaminan y sacan un humo que huele feo. ¡Guácala! El ruido de los cláxones, las máquinas y los autos es muy fuerte, le lastima los oídos y la ponen de malas; en cambio, aquí todo es verde, escucha la naturaleza y a todos sin hacer esfuerzo y no tiene que gritar para hablar.

Ha pasado el día de sorpresa en sorpresa y empieza a anochecer. El guía dice que ya es hora de irse de la isla. Suben a la lancha y regresan al albergue. Buscan un lugar para cenar.

Los lugareños los invitan a cenar y charlar con ellos, preguntándoles si visitaron la isla. Ellos responden que sí, y preguntan por qué no hay guías humanos. Les dicen que ellos mismos se van a contestar cuando escuchen la leyenda de Majagua...



Se cuenta que en Majagua existió una familia de brujos. Ellos encantaron el lugar, para que todos los animales y personas fueran guardianes de su isla y no permitieran que los visitantes la convirtieran en una ciudad.



En una ocasión, llegaron unos turistas que ensuciaban todo, no respetaban, hacían mucho escándalo, molestaban a los demás y siempre trataban de destruir la naturaleza. Esto molestó a los brujos, que amaban a sus animales, a los habitantes y la naturaleza. Entonces, les mandaron un hechizo para que fueran cocodrilos y obligaran a todo visitante a respetar Majagua y a los seres que ahí habitan. Cada vez que alguien llega a Majagua, si tira basura, no respeta o maltrata a los animales, todos lo observan. No hablan, no: hacen que cambie su conducta sólo con la mirada. Pero no es sólo eso; si alguien no sabe apreciar la naturaleza, de inmediato el árbol mágico pierde una hoja. Con ella envuelven tamales que se les dan a los visitantes. La hoja crece y hace magia en ellos, que vuelven a ser respetuosos.

Después de escuchar la leyenda, Alma pidió disculpas por intentar tirar la basura. Ahora, ella y sus padres entendían todo y decidieron caminar por Majagua. Eran las 12 de la noche, sólo se escuchaba el mar, el viento y algunos animales. Comparado con la ciudad, sabían por primera vez lo que era sentirse tranquilos, seguros y sin miedo, caminando por una calle en la noche, sin luz, sólo iluminados por la Luna. Era una



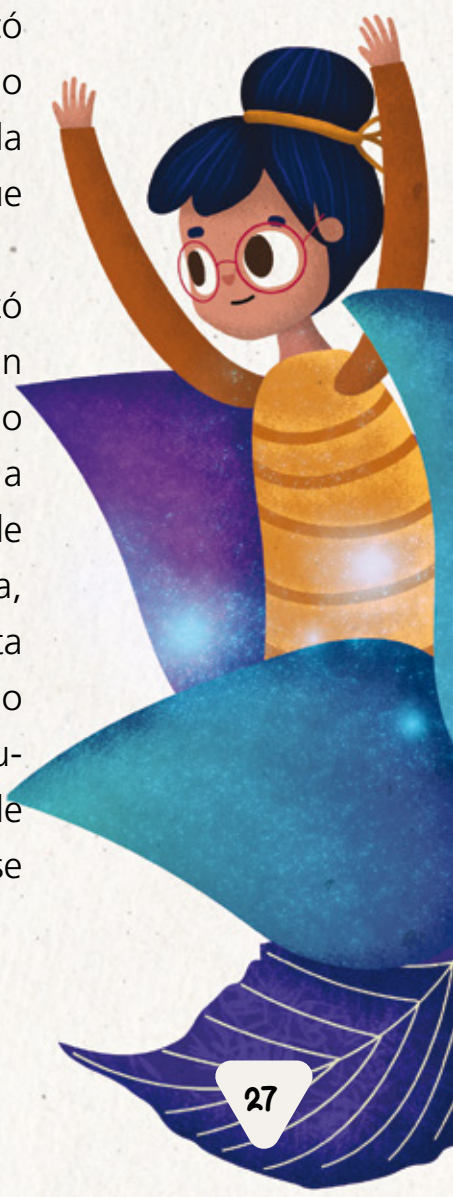


sensación increíble. Se detuvieron. Disfrutaron el aire puro. Poco después, se fueron a sus habitaciones a dormir.

Al día siguiente, se levantaron temprano a admirar el paisaje, disfrutando de todo. Habían aprendido que la naturaleza es increíble y siempre te sorprenderá, y que no necesitas de otras cosas para vivir con tranquilidad y ser feliz, sin olvidar que el respeto es muy importante.

Su aventura había terminado, así que empacaron y regresaron a casa. Alma tocó su bolsa y se dio cuenta de que había olvidado por completo usar su celular en el viaje. Ni la televisión ni Internet ya importaban, porque ahora valoraba otras cosas.

En la noche llegó a su casa y consultó su celular. Vio que sus compañeros le decían que tenía una tarea pendiente: escribir cómo podría mejorar su ciudad. Ella se puso a pensar y reflexionar, cuando, de pronto, de su bolsa sacó una flor de Majagua. Al verla, recordó lo que había vivido y se dio cuenta de que no hay que cambiar la ciudad, sino a las personas que viven ahí, porque la ciudad es como la flor de Majagua, que puede cambiar de una noche a otra según como se cuide y se ame.





Primera categoría

Tercer lugar


# De cómo la ciudad se libró de los hombres basura

Sophia Quetzalli Palomares Jardón









Hace mucho tiempo, la Ciudad de México era un lugar hermoso; había árboles por doquier, el agua siempre estaba limpia y los niños jugaban y corrían felices. En ella había un árbol gigante y mágico, conocido por todos, y que nació, según cuentan las historias de los que ahí vivían, de una semilla que les regaló una maga, quien les dio la instrucción de plantarla al centro de la ciudad. El árbol, que creció sano y fuerte, todo el tiempo daba semillitas que misteriosamente desaparecían al caer. Nadie sabía que las semillas caminaban buscando un lugar donde se sintieran cómodas para plantarse y convertirse en nuevos árboles mágicos. A algunas les gustaba la tierra muy húmeda y a otras, la tierra seca, y al crecer se convertían en unos arbolitos como con boca y ojos, ¡como si estuvieran vivos! Ellos hacían de la ciudad un lugar fresco y lleno de oxígeno.

Un día, en las afueras de la ciudad, aparecieron unos seres extraños y aterradores; eran altos, groseros, enojones, siempre estaban de mal humor y olían feo. Al principio, sólo se veían pasar uno o dos, pero al poco tiempo ya se habían multiplicado y había millones de ellos por todo el mundo. Parecía que estaban hechos de basura, pero

nadie sabía con certeza quiénes o qué eran ni de dónde habían salido. Los ciudadanos vivían asustados, porque sentían que en cualquier momento esos malvados seres los podían capturar para hacerlos sus esclavos y los pondrían a trabajar en fábricas, creando grandes montañas de basura.

La Ciudad de México pronto se convirtió en un enorme basurero, empezaron a desaparecer personas y la gente vivía aterrorizada. Entre la basura, se podía ver a otro tipo de esclavos; eran como duendecillos llamados *sumizzus*, y siempre estaban cubiertos por una bolsa de plástico de acuerdo con el tamaño que cada uno tenía. La bolsa evitaba que se vieran sus cuerpos y sus caras, por lo que nadie sabía qué aspecto tenían. Siempre estaban encadenados y sólo los dejaban sueltos para servirles la comida a aquellos seres malolientes, a los que los habitantes comenzaron a llamar "hombres basura". A los *sumizzus* no les daban de comer y muchos se morían por falta de cuidados. A los esclavos que se atrevían a desobedecer, los encerraban en la mazmorra del castillo en el que vivían los hombres basura. Ésta era oscura y fría, porque nunca le entraba la luz del sol, y era ahí donde los maltrataban y los castigaban.






A los ciudadanos les parecía injusto el trato que les daban, así que un gran número de ellos se armaron de valor, se solidarizaron y entre todos hicieron el Grupo Secreto Contra los Hombres Basura y la Contaminación (el GSCHBC). Ese grupo empezó a reunir más personas en contra de los hombres basura, para algún día derrocarlos.


Al interior de la república mexicana, en uno de los estados más bellos, en un pueblo mágico llamado Chichinuitzin, un área natural protegida y alejada de las grandes ciudades llenas de hombres basura, vivía una maga que, aunque sólo tenía once años de edad, era muy sabia e inteligente. Se llamaba Quetzy, era pequeña, de ojos verdes y siempre llevaba consigo una varita mágica.


Desde el momento en que la pequeña maga se enteró de la situación por la que atravesaba la ciudad, dedicó todo su tiempo a investigar a los hombres basura, para encontrar una solución que acabara con ellos. Un día, Quetzy se dio cuenta de que los hombres basura no eran más que ciudadanos cuyas mentes habían sido capturadas por una caja mágica que reproducía imágenes, que los convencía de alimentarse de cosas que no eran naturales y les hacían mucho daño, a tal grado que



terminaban comiendo las bolsas de plástico, botellas y todos los productos artificiales que creaban las fábricas, lo que hacía que se transformaran poco a poco en hombres basura, olvidando su forma y emociones humanas.

Quetzy decidió unirse al GSCHBC para dar a conocer su descubrimiento y así destruir, con la ayuda de todos, a los hombres basura. Durante cinco años, los habitantes que aún quedaban se organizaron y planearon una rebelión dirigida por Quetzy. Una noche, un grupo de ciudadanos logró entrar al castillo de los hombres basura y capturaron al rey, utilizando una red hecha con hojas del árbol mágico y tejida por la maga. Lo sorprendieron mientras comía sin ningún tipo de modales y salpicando por todas partes al masticar con la boca abierta los restos de botellas y bolsas de plástico que le servían dos sumizzus, mientras observaba las imágenes que salían de la caja mágica y lo mantenían hipnotizado. Los sumizzus eran muy tímidos y, al ver la conmoción, corrieron asustados. Los ciudadanos encadenaron al rey, lo hicieron prisionero en una de las mazmorras del castillo, y convencieron a los pocos esclavos que no se opusieron a los hombres





basura de que ya no trabajaran para ellos. Así, después de un tiempo, los hombres basura no tuvieron con qué alimentarse ni cómo defenderse, y fueron desapareciendo poco a poco.

La pequeña maga Quetzy, con la ayuda de los niños, les quitó las bolsas a los sumizzus, dejando al descubierto sus rostros, que fueron vistos por vez primera por los ciudadanos: ¡eran plantitas muy pequeñas! En cuanto les quitaron las bolsas de encima, se echaron a correr por todas las calles, y donde encontraban tierra, brincaban y se enterraban. Se dispersaron rápidamente por toda la ciudad. Los sumizzus, que eran mágicos y se sentían muy contentos de estar libres de las manos de los hombres basura, no tuvieron problema en crecer y convertirse en árboles gigantes que esparcían sus semillas, logrando que la ciudad tuviera todavía más oxígeno y el ambiente estuviera más limpio.

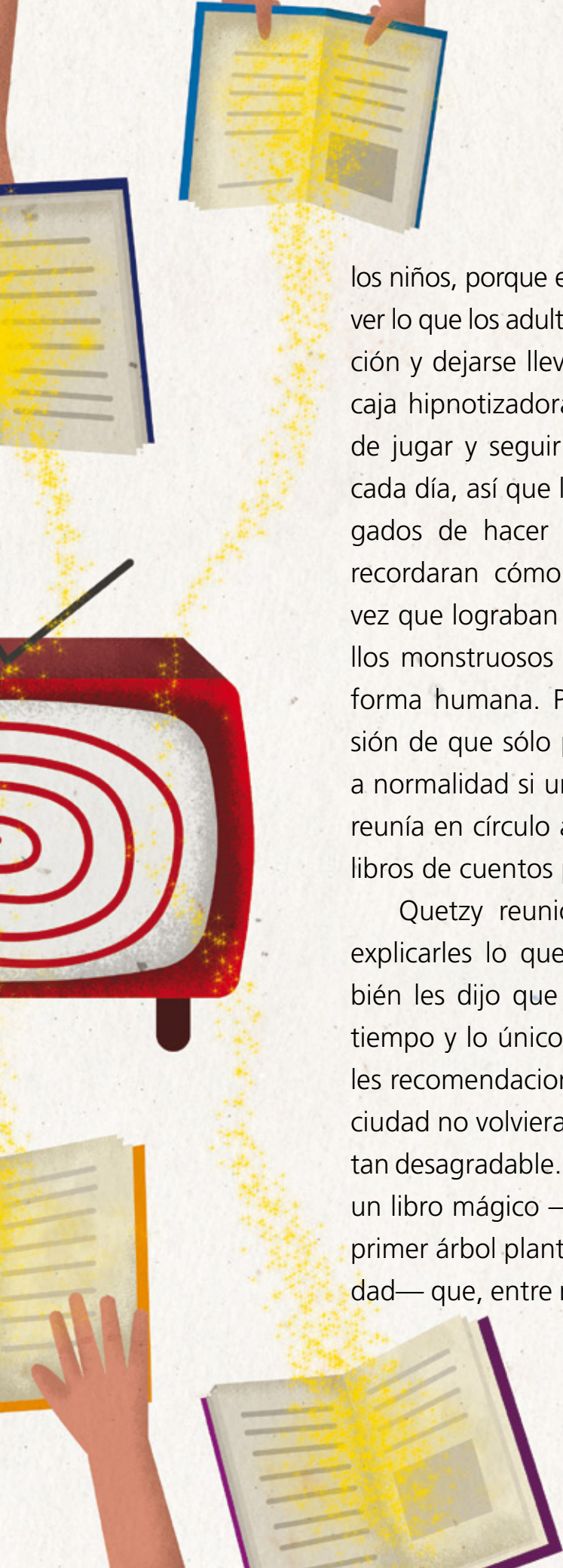
Quetzy estaba por terminar su misión, pero antes de regresar a su reino mágico, en Chichinuitzin, les explicó a los ciudadanos que tenían que cuidar bien de los sumizzus, sus criaturas mágicas, evitando sacarlos de la tierra y revisando constantemente que se encontraran en buen estado de salud.





Los ciudadanos, en equipo y colaborando entre todos, lograron limpiar la poca basura que quedaba, y así fue como la ciudad se libró de los hombres basura y su dominio. Sin embargo, todavía faltaba algo: regresar a la normalidad a los ciudadanos que se habían transformado en hombres basura y que aún estaban desaparecidos. Quetzy buscó la manera de revertir el efecto que tuvo esa misteriosa caja mágica en casi todos los habitantes de la ciudad, por lo cual tuvo que quedarse a vivir unos seis meses más en ella. No sólo investigó acerca de cómo traer de regreso a los ciudadanos, sino también por qué otros humanos no habían sido afectados. Además, se esforzó por descubrir una manera para desactivar la caja reproductora de imágenes. Probó y probó muchísimos hechizos con su varita, pero ninguno funcionó, hasta que, un día, por fin se dio cuenta de que la magia no podía destruir la caja.

La maga, después de un largo tiempo, descubrió que el secreto para transformar a los hombres basura en ciudadanos estaba en



los niños, porque ellos, en lugar de sentarse a ver lo que los adultos miraban con tanta atención y dejarse llevar por las imágenes de la caja hipnotizadora, conservaron su espíritu de jugar y seguir aprendiendo algo nuevo cada día, así que los niños fueron los encargados de hacer que los hombres basura recordaran cómo jugar y divertirse. Cada vez que lograban hacer reír a uno de aquellos monstruosos seres, éste recuperaba su forma humana. Por eso llegó a la conclusión de que sólo podría regresar a todos al a normalidad si un grupo de ciudadanos se reunía en círculo alrededor de la caja a leer libros de cuentos para niños.

Quetzy reunió a los ciudadanos para explicarles lo que había descubierto; también les dijo que no se podía quedar más tiempo y lo único que podía hacer era darles recomendaciones y consejos para que la ciudad no volviera a pasar por una situación tan desagradable. De esta forma, les entregó un libro mágico —hecho con la corteza del primer árbol plantado en el centro de la ciudad— que, entre muchas otras cosas, decía:



Queridos habitantes de esta hermosa ciudad, si quieren conservar el tesoro que tienen entre las manos, tienen que trabajar en equipo para que, entre todos, lo puedan cuidar y proteger de cualquier monstruo que quiera atacarlo. Les dejo algunos poderosos consejos mágicos que les serán de mucha ayuda:

- 1.- Hay que plantar árboles y también hay que llevar a los niños al parque; así, su diversión no tendrá fin mientras conviven y cuidan de ellos.
- 2.- Los animalitos son parte de la naturaleza, sin ellos no se podría vivir, y así como los ciudadanos tienen derecho a vivir siendo respetados, también deben respetar a los animales.
- 3.- Muchos niños tienen ganas de aprender, pero no todos tienen la oportunidad: deben lograr que todos tengan un maestro.
- 4.- Deben dejar la flojera a un lado, esfuércense por evitar la contaminación, caminen más y usen menos los automóviles.
- 5.- No compren lo que no necesitan, así las fabricas no tendrán oportunidad de crear más hombres basura.
- 6.- Cuiden a los sumizzus, porque son las semillas que algún día se convertirán en grandes árboles.
- 7.- Hagan recorridos por la naturaleza, excursiones que les permitan conocer y valorar su ecosistema.
- 8.- Protejan el líquido vital, ya que sin su magia la ciudad se secará y nadie podrá vivir, su poder es esencial para todos, ¡no lo desperdicien!



Después de entregarles el libro mágico a los ciudadanos, la pequeña y poderosa maga Quetzy desapareció repentinamente, dejando tras de sí miles de gotitas de líquido mágico que caían del cielo. Ella regresó a su bosque, en donde se cree que sigue habiendo y permanece alerta por si algún día la naturaleza se encuentra en peligro.

La historia de cómo la ciudad se libró de los hombres basura se nos cuenta desde que somos muy pequeños y desde hace muchos años atrás. Sé que algún día seguiremos los consejos mágicos que nos dejó la pequeña maga, entonces podremos poner un final feliz a ese cuento tan bonito y decir:

¡Y colorín colorado, en mi ciudad todo ha cambiado!





*Cuentos de niñas y niños para niños y niñas. Cuentos ganadores del 13° Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2019 en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, Ciudad de México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ricardo Raúl Benítez Estrada, técnico especializado "C". El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 12 puntos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Hands Down y Frutiger.*

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 5 de octubre de 2020.



Instituto Electoral de la Ciudad de México  
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,  
Tlalpan, 14386, Ciudad de México  
Teléfono: 54 83 38 00  
[www.iecm.mx](http://www.iecm.mx)